

Entrevista a Juan Valdano*

Maria Rossi (Università degli Studi di Napoli “L’Orientale”)

El mundo y la obra literaria del Juan Valdano son amplios y tocan tipos de escritura muy heterogéneos, de hecho el cuencano es ensayista, cuentista y novelista. Reconocido como figura determinante en el escenario de la literatura contemporánea ecuatoriana, ha dedicado toda su actividad al análisis de la historia y de la identidad de su país pero también a la tradición cultural de otra parte de sus raíces, la italiana. Encuentro al escritor en la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito y, durante la entrevista, a partir de unas reflexiones sobre *Mientras llega el día*, (novela histórica gracias a la cual me he acercado al estudio de su producción), Valdano habla de sus textos, de su trayectoria literaria, de su ser mestizo e intelectual entre la ecuatorianeidad y la mediterraneidad.

Maria Rossi: En todas sus expresiones literarias, desde el ensayo hasta la novela, Vd trata el tema de la búsqueda identitaria, de lo que es lo ecuatoriano, la ecuatorianeidad. Me parece que esto es el afán de su escritura.

Juan Valdano: Es uno de los temas yo creo centrales de mi búsqueda, aunque no es el único. Creo personalmente también porque tengo unas raíces italianas muy cercanas. Digamos que parte de mi ser, desde la sangre hasta el espíritu, está empapado, imbuido, de recuerdos, quizás ancestrales, de esa mediterraneidad, de Italia. Yo a veces repito la frase de Albert Camus, que era un hombre del Mediterráneo, del África del norte, que decía: “la Grèce à laquelle il faut toujours revenir” o sea Grecia o Mediterráneo al que siempre hay que regresar. Usted verá, por ejemplo, mi libro de cuentos *Juego de Proteo* (2008) es meramente un homenaje a esa tradición occidental greco-latina. En *La celada* (2002), que es más cercano todavía, recuerdo mucho los ancestros, los ancestros que vinieron de Italia, cada uno con sus historias, aquellos que emigraron de esa Italia que tenía una hemorragia de emigrantes hacia América latina, Estados Unidos... Hay muchos por acá, algunos han olvidado ese pasado pero no es mi caso. Yo trato de recuperar parte de uno mismo y no solamente un nombre, una

* Realizada el 24 de enero de 2012. Juan Valdano (Cuenca, 1940) es ensayista, cuentista y novelista; estudios literarios en la Universidad de Cuenca y luego en la de Aix-en-Provence (Francia) y en la Complutense de Madrid (España). Profesor en la Universidad de Cuenca donde, en 1973, organizó el Primer Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana; Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Ecuador (Quito); Vicepresidente del Congreso Mundial del Libro de la Unesco en 1982; Subsecretario de Cultura de la República; Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia. En 1980 es galardonado por el Premio José de la Cuadra; en 1990 primer finalista en la Primera Biental de la Novela Ecuatoriana; en 1998 recibe el Premio Joaquín Gallegos Lara.

tradición familiar, sino también una sensibilidad, todo una cultura, todo una historia. En definitiva, si es que uno es artista o es escritor, eso es una fuente fundamental; introducirse en una visión común que uno trata de recuperar y de que uno se siente parte.

M. R.: Todos estos elementos que Vd va recuperando para definir la identidad, como pueden ser los mitos, los próceres de la Independencia en el caso de Ecuador, o las tradiciones, el mestizaje latinoamericano, ¿cómo juegan en la construcción de la comunidad nacional, si existe una comunidad nacional?

J. V.: El problema en América Latina en general es que somos pueblos surgidos al mundo moderno y contemporáneo de la mezcla, digamos casi de un choque de varias sangres, de sangres diferentes, mundos culturales distintos, y la historia no siempre ha sido, en este caso, armoniosa. Como siempre sucede, las conquistas no son de convencimiento, sino de oposición y de imposición.

Roma imponía la lengua e imponía su cultura. Conquistó en definitiva lo que fue el Imperio Romano y después el ideal del “imperio” que sembró Roma quedó siempre en la historia europea como destino. Los Imperios europeos, ya sea el español, el inglés, el alemán, todos son recuerdos de la Roma imperial. Eso suponía una vocación de universalidad, una idea de política universal de imposición y nosotros, como países latinoamericanos, somos herederos de todo eso.

Pero claro que había aquí en América otros imperios... América, este territorio con el cual un día se topó un almirante genovés llamado Colón que se tropezó y no sabía donde había llegado y que llamó Indios a unos seres humanos que no sabía como llamarlos... y desde ese malentendido se han producido muchos más, porque la historia de América está plagada de tantos malentendidos más bien de los europeos y también otros que los mismos americanos han tenido frente a los europeos.

Lo llaman “descubrimiento”. La historia europea universalista siempre lo ha llamado “descubrimiento” y hasta hoy día dicen “descubrir” pero este es el punto de vista europeo. Más bien esta aventura de Colón y de España lo que ayudó es al descubrimiento por los europeos de su propia Europa, porque frente a la pluralidad, diversidad, singularidad de la vida y de la humanidad y de la geografía americana, Europa empieza a reflexionar sobre si misma: “¿Nosotros somos así? ¿Entonces qué somos? Somos europeos”. Esta reflexión sobre Europa o los europeos empieza desde el humanismo, justamente, luego en el Renacimiento, pero gracias al espejo americano.

M. R.: El juego de espejos, es decir se miran y frente a la otredad, a la alteridad se definen.

J. V.: Claro, porque dicen: “Yo no me reconozco en esos hombres de América, somos muy diferentes, entonces somos europeos”. De todas maneras hay también una humanidad de fondo, hay algunos humanistas que la reconocen, como Montaigne que decía que los caníbales son salvajes pero no es que sean salvajes sino que nosotros, juzgando como bárbaros a aquellos que no tienen las mismas costumbres nuestras, los definimos diferentes (Montaigne, 1972). Y los humanistas europeos dieron un paso mucho más alto gracias al encuentro con América. La modernidad europea se dió gracias al encuentro con América. La modernidad.

Todo este mundo nuevo les hizo replantear los viejos criterios que tenían sobre el universo, sobre los dogmas, sobre la teología, sobre el estado, sobre la sociedad y sobre la cultura y siguió maturando lentamente hasta que en el siglo XVIII con la Ilustración pensaron en otra forma, la democracia, que estaba *in situ* allá desde la experiencia griega y empezaron a plantearse como una liberalidad mayor, la idea pues liberal de la democracia. Esto surge en el gran ámbito de lo que somos, surge a propósito de lo que somos, de la identidad.

Desde el otro ángulo, desde el punto de vista latinoamericano, del mestizo, del criollo, se les impuso una religión, una lengua, una cultura, y no es que no la hayan tenido, ni religión, ni lengua... la tenían, tenían todo eso, su mundo cultural, su mundo espiritual, su mundo anímico y mitológico, que nunca lo perdieron, a pesar de esa presión, de esa opresión del colonial. Porque si es que el indígena por ejemplo se bautizó y se hizo cristiano, proseguía íntimamente adorando o invocando a sus divinidades y sus creencias. Se va creando todo un mestizaje. Poco a poco se crea esta mezcla que es a veces contradictoria, en la que los dos elementos están separados. Es muy difícil irlos a unir a estas dos raíces. En definitiva yo entiendo esta cuestión como una imagen. Es como un árbol con raíces bifurcas. Hay una savia arriba que se nutre de estas dos raíces, la aborigen y la hispánica, y esa savia es fruto de esas dos sustancias, de las raíces bifurcas, aunque más arriba, en el fruto, tiene un sabor más criollo, más agradable, que no les dio ni el uno ni el otro, sino que es una mezcla armoniosa de los dos. De eso tenemos que ir a la superación de los contrarios.

M. R.: A mí me parece también que en *Mientras llega el día* (2009 [1989]), Vd hace una evaluación, una glorificación del mestizo con el protagonista Pedro Matías Ampudia que se encuentra en un laberinto identitario, sobre todo en el capítulo XIV.

J. V.: Es cuando va al fondo del infierno...

M. R.: Es el elogio al mestizo.

J. V.: Bien, Vd lo ha dicho. Este personaje es inventado, pero Ampudia fue realmente un conquistador español, Juan de Ampudia, fundador de esta ciudad de Quito en 1534, la segunda autoridad después de Sebastián de Benalcázar. Entonces se supone que el protagonista de mi libro es descendiente de esos grandes conquistadores. Pero claro la conquista no es solamente eso, está en la alcoba, es la violación, la imposición, el estupro. Surgen mestizos, frutos de la imposición y de la violencia, de un mundo sobrepuesto a otro. El mestizo ha vivido siempre esa contradicción. Lo que yo quiero hacer con mi personaje, es que él trata de superar los traumas del pasado, esos ancestrales conflictos que le desgarran íntimamente, y de ellos hacer surgir como un nuevo hombre, una nueva visión, una superación o un camino como él dice: “Quiero ser huérfano de todas la carnes” (Valdano 2009: 172), en el sentido de que se desliga de todo eso, de esas tradiciones, de sus ancestros opuestos para encontrar un propio camino de hombre libre, sin renunciar al pasado, pero en búsqueda de una superación.

Yo, al construir ese personaje, recordaba lo que se había escrito sobre el mestizo en la novela ecuatoriana, recordaba en concreto *El chulla Romero y Flores* (1977 [1958]) de Jorge Icaza. En Jorge Icaza el chulla Romero y Flores es un personaje así mismo mestizo, que tiene un ancestro parecido, el padre era un noble, un quiteño, su nobleza es hispánica y su madre era una india, una criada del señor. De esa mezcla entre un hombre descendiente de español y una india, surge él. El “chulla” es un personaje típico de Quito. La palabra es quechua y quiere decir “impar”, entonces chulla es un hombre o mujer de clase media que trata de superarse por las apariencias. Aparenta nobleza, aparenta riqueza; el parecer como conducta de la máscara. El mestizo lleva una máscara y no quiere verse a sí mismo. Esa máscara llega a ser su rostro, llega a ser una cárcel porque el ser mismo de él está adentro; delante de los demás tiene otro rostro. Eso es el enmascaramiento, es la ética del parecer, no la del ser.

M. R.: ¿Ha cambiado esta ética?

J. V.: No creo que pueda eso todavía cambiarse, es parte de nuestro ser mismo. Yo no diría que es exclusivo de lo quiteño ni de lo ecuatoriano, es más de lo andino, tiene una conotación especial. Siempre queremos aparentarse más lindos de lo que somos, más nobles, más elegantes, más ricos, mejor totales, más inteligentes, eso es normal, pero en nosotros hay

una actitud más existencial. El parecer antes del ser, porque procede más de un sentimiento de orfandad. Nos sentimos huérfanos. Por eso justamente nos preguntamos ¿quiénes somos? Porque quien tiene muy claros sus ancestros, sus orígenes o sus antepasados no se hace preguntas, sabe muy bien quien es, quienes son sus padres, sus abuelos. Biológicamente el mestizo es de padre incógnito, mas aún el mestizo siempre mira la parte de la filiación paterna, su importancia, aunque se le niega el padre, y la filiación materna la desprecia porque, por lo general, es americana e indígena, entonces aparenta lo que no es. Esconde lo que es. Ese es el enmascaramiento. Un sentimiento de orfandad.

Y ahora, Pedro Matías, a diferencia del chulla Romero y Flores, que fue un personaje que no resuelve su conflicto interior, así que al final de la novela reconoce en definitiva a sí mismo como el chulla, en cambio, mi personaje es más reflexivo, es un personaje que dialoga con sus ancestros, más aun cada uno le dice: “Este es tu camino”, y el otro le dice “no, ¡este el es tuyo!”, y el dice: “no es ninguno de los dos, yo busco el mío”. Esa es la actitud del mestizo que supera, de quien, sin dejar de ser mestizo, busca su propio camino, y ese es, como dice Nicole Fourtané, el camino para una nueva sociedad (Fourtané, 2010). Quiero decir que mi protagonista se reconoce, no se niega, sino se reconoce.

M. R.: ¿Podría ser el camino hacia la sociedad plural?

J. V.: Una sociedad plural que mira la diferencia no como conflicto sino como riqueza, interior. Es muy difícil la armonía, porque en ninguna sociedad hay esa armonía, por eso es un ideal y luchar por esa armonía, por esa paz interior, significaría ir hacia algo mejor, aunque lograrlo plenamente a veces no se puede, porque no está dentro de las condiciones, de las facultades que uno puede tener; depende de muchas otras cosas y ya no de uno.

M. R.: Ahora son también los migrantes, como los que Vd describe en *La memoria y los adioses* (2006), los que participan en la constitución de esa pluralidad.

J. V.: Esa novela, *La memoria y los adioses*, es una historia en parte real y en parte ficticia, que no toma una historia privada, concreta, sino la de muchas historias y que hace referencia a cuando aquí hubo —y hay todavía— una crisis grave económica, entre todos los estratos, el estrato medio y bajo sobre todo de la sociedad. Muchos se fueron a Europa, a España y a Italia, cuyas fronteras estaban abiertas, a Estados Unidos ya no, y además fueron a España por el idioma.

Entonces, ese personaje es un joven que se educa para profesor, es un

joven con estudios, pero cuenta su vida como la de un hombre de campo, un hombre de pueblo que vive en una hacienda de los Andes, cerca de unas montañas grandes, nevadas, misteriosas, entre unas costumbres campesinas. Su madre le había abandonado pronto parido a Estados Unidos a trabajar. Era la migración de los años setenta, la fase en la que todos iban a los Estados Unidos, mientras que después ya no; la migración de los años ochenta y noventa se dirige a España y Europa. Entonces su madre le abandonó y él crece con un abuelo en el campo, hay unas parientes, hay unos amores juveniles, hasta que su novia también migra y él parte a España para buscarla, pero también por motivos personales, por la crisis. En la novela se intercalan las escenas en las que él busca trabajo pero ahí lo que puede trabajar es como obrero agrícola en los campos, en los huertos, en el sur, por Murcia, por Lorca... y entonces si bien uno es educado para el libro, para el trabajo intelectual, pero allí más bien trabaja como obrero en el campo. Algun día, una noche, encuentra a su novia en un barrio rojo, en Murcia y en ese momento se da cuenta de quien es, o sea recupera su historia privada, personal. No recupera a la novia, pero encuentra a sí mismo. Toda la novela es un pequeño viaje en tren que hace de Murcia a Lorca, una hora y media. Mientras el tren avanza él retrocede en sus recuerdos, de tal manera que son dos movimientos, uno que avanza en el espacio y el otro que retrocede en la memoria.

M. R.: El viaje me parece un tema muy presente en sus textos.

J. V.: Eso del viaje, en realidad, es un tema que va más allá de la simple espacialidad, porque es como un mito, una leyenda, es como un símbolo de la vida.

En ese sentido siempre regreso a *La Odisea*. Yo tengo otra novela histórica que se llama *El fuego y la sombra* (2001), ubicada en 1883-1884 acá justamente en la Revolución de Alfaro (este año celebramos los cien años de la muerte), un liberal que luchó contra García Moreno. El protagonista hace un viaje desde Quito hasta Esmeraldas. Se remonta por las montañas de acá y baja al río Cayapas y se embarca en una pequeña lancha maderera que va por arriba hasta la desembocadura porque aquí tiene que recoger unas armas que el encargado Eloy Alfaro paga para la Revolución. A través del río Cayambas él pensaba llegar en pocos días pero se demora mucho, porque en el camino, como a Odiseo, le pasan muchas cosas, conoce mucha aventura, ahí aparecen unos personajes que lo atraen, fantásticos, allá se le quita la memoria como a Odiseo con Circe la maga... es decir que el libro está construido a imagen de la Odisea.

M. R.: Vd tiene una formación mediterránea o, mejor dicho, mediterrá-

nea y ecuatoriana, es decir andina. Vd es como un fruto.

J. V.: Yo soy un mestizo de primera hornada. Sé que todavía tengo muy reciente esa vivencia del origen mediterráneo, italiano y también puedo ser realmente, por mi madre, muy andino, naturalmente este es mi país; yo vivo ese mestizaje a mi manera.

M. R.: Claro, a través de una re-formulación propia. Vd nace como intelectual y escritor con la generación literaria de los setenta, ¿cómo coloca su producción en el escenario de la literatura ecuatoriana?

J. V.: Bueno, verás, yo lo que creo, lo que siento como escritor es que durante los años cuarenta, cincuenta del siglo pasado el mundo cultural tuvo una gran reflexión sobre lo nuestro, lo americano, lo ecuatoriano, lo mestizo, el indígena que marcó y caracterizó la cultura y el arte, la literatura y la reflexión científica y social de este país y que estaba muy en sintonía, justamente, con lo que pasaba en el resto de América. Para nosotros fue más integral dentro de la cultura andina.

Y fue difícil para nuestra generación, que asomó en los años sesenta y setenta, buscar un camino propio, porque todos los grandes íconos y grandes figuras de la literatura nacional estaban dentro del criollismo, indigenismo. En los años setenta y ochenta se reflexionó un poco más sobre nuestra propia generación en esa coyuntura histórica e ideológica de la América Latina de esos años sesenta, setenta que era la de la Revolución. Entonces volvió una literatura de jóvenes que se refieren más bien al testimonio de su vivencia como jóvenes. Fue la “revolución de cafetín”, porque no era una revolución por la cual tomaron las armas, pero nosotros resolvíamos el mundo y el país en una mesa de café y nos quedábamos en el diletantismo ideológico, político.

Surge una novela justamente testimonial. Le llamaban “el desencuentro”, porque éramos una generación desencontrada y también una generación que empezó a echar abajo a los grandes íconos de la literatura y de la cultura ecuatoriana de comienzo de siglo XX. Y si es que en comienzo del siglo pasado a esa generación poética de modernistas le llamaban de los “decapitados”, los que murieron y se fucilaron pronto a los veinte años, yo a esta generación nuestra que empezó a defenestrar y cortar cabezas (a ver, grandes escritores del comienzo del siglo XX como Gonzalo Zalduende, un aristócrata liberal, o aquellos representantes del conservadurismo político-literario), les llamo generación de los “decapitadores”; un grupo bastante virulento y agresivo autodenominado de los “tzántzicos”. En lengua shuar —indios del oriente— las *tzantz* son cabezas reducidas. Ellos cortaban la cabeza al enemigo y con cierto sistema la reducían a una

naranja y la tenían colgado al pecho, muy macabro.

Entonces surgió más bien una literatura urbana, ya no la rural, con personajes de la clase media, implicados dentro de esta vida existencial de la ciudad. Yo, por esos años, empecé a escribir. Fui autor de cuentos y ensayos, hice una reflexión sobre el ensayo más bien. En los años ochenta me entregué yo a la vida política del país, fui asesor del Presidente Osvaldo Hurtado y luego de esa experiencia política, emprendí la novela *Mientras llega el día*, (antes había escrito *La pluma y el cetro* (1977), *Ecuador: cultura y generación* (1985), que son ensayos) es decir una *pièce* sobre el Quito del siglo XVIII.

Sobre el siglo XVIII leí bastante, entonces para mí no fue difícil inventar una historia en medio de ese ambiente, de esa ciudad que yo conocía más bien por la erudición. Al escribir *Mientras llega el día* yo tenía un mapa de la ciudad de Quito del siglo XVIII, entonces, decía: “este personaje está aquí y la calle se llama De los Plateros y aquí hay un puente, la gente se va por acá...”. Jugué con un mapa y con las crónicas, sobre todo *Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito* de Manuel José Caicedo que presencié a la matanza el 2 de agosto de 1810 y pongo mucho de lo que destaca Caicedo, no he tenido que inventar casi nada, porque los nombres que pone Caicedo los pongo allí.

M. R.: El mismo Caicedo aparece en su novela.

J. V.: Sí, claro. Caicedo mismo. Cuando el personaje Bermúdez dice: “Hay que impedirle que escriba. Hay que quitarle la memoria”. (Valdano 2009: 245), se refiere a él. Al mismo Stevenson, yo le cambio el nombre en Spencer. Era un inglés, es verdad, que vivió aquí. Se dice que era un masón, no sé si sería o no sería, pero en la novela es un masón que quiere convertir a la masonería a esta ciudad ultra católica, a que la gente se incline, bese los anillos...

M. R.: En la novela Vd utiliza mucho las coplas también.

J. V.: ¡Las coplas! Esto es transtextualidad, o sea son textos auténticos, recogen el espíritu de esos acontecimientos. Buenos de esas coplas unas son inventadas y otras no, cuando son auténticas, en el texto aparecen las referencias. Las que están integradas al texto, esas son mi producción pero al estilo. Porque, ¿cómo se difundían las ideas allí? El chisme está en la Candelaria de la novela; la Candelaria alcahuetas las Celestinas, pues todas las Celestinas se parecen, como todos los don Juanes tienen cierto sentido parecido. Entonces que la Candelaria se parece a la Celestina, ¿qué hace la Candelaria? Era zurcidora de voluntades, era un personaje indispensable

y era también, como diríamos, maestras de “novicias”, claro, de la prostitución. Ese capítulo XII en el que ella expresa su filosofía del mundo, eso es fabuloso, digo yo, porque es la visión andina, allí está justamente la dualidad del mundo andino: lo bueno y lo malo, el macho y la hembra, el dios y el demonio. Además yo leí mucho de las costumbres mágicas populares y estudios antropológicos de los cuales tomé mucho, no así en bruto, sino la idea.

M. R.: ¿Cómo fue recibida su novela?

J. V.: Escogí ese camino de la novela histórica en el año de 1985-86. Cuando yo comencé a escribir esta novela y eso más de 20 años, pues no había novela histórica aquí, en América Latina se estaba dando la novela histórica indudablemente, pero aquí no. De toda manera que cuando yo se lo dije a algún amigo, me contestaron: “Pero una novela sobre la Revolución de la Independencia: ¿cómo vas a hacer eso?” No encontraban sentido. Es que no iba a hacer una crónica, como hacen muchos, una crónica de los acontecimientos... Y una de las críticas cuando se publicó el libro vino de los historiadores, justamente porque no lo entienden. Porque dicen, ¿cómo va a cambiar los nombres a los personajes? Porque no son históricos. Son y no son. Son actantes, es decir hacen el mismo oficio del personaje histórico, pero si le pongo el nombre de Conde Ruiz del Castillo, es que el Conde Ruiz del Castillo no era así.

Solo hay algunos que guardan sus nombres, como Eugenio Espejo que, si bien aparece como onírico, pero es él. Otro es Juan Bautista Aguirre, jesuita y maestro de Espejo.

M. R.: ¿Cuál es el futuro de su escritura?

J. V.: Algo al que yo voy ahora es justamente a dar un paso adelante, en el sentido de que la literatura debe abrirse al mundo, ser más universal, sin dejar de ser los que somos. O sea yo puedo imaginar historias no necesariamente en el ámbito nacional, sino en el mundo. Porque mi visión, por ejemplo de Omero, puede ser universal porque ahí está el ser humano en su eterna búsqueda del *nosce te ipsum*, el conócete a tí mismo, porque mi Ulise es el Ulise que ya no viaja por búsqueda de aventura, sino él va al Templo de Delfos, donde están las respuestas. Esa es la sed que tengo.

Bibliografía

Fourtané, Nicole. “*Mientras llega el día* (1990) de Juan Valdano: vers un nouvel ordre social pour l’Équateur ou l’avènement du nouveau métis, archétype de l’équatorianité”. En *Histoire(s) de l’Amérique latine*. HISAL, 4 (2010). [www.hisal.org].

Icaza, Jorge. *El chulla Romero y Flores*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1977 (1958).

Montaigne, Michel de. “Des cannibals”. En *Essais*. 3 vols., Paris: Librairie Générale Française (1972): I, 31.

Valdano, Juan. *La pluma y el cetro*. Cuenca: Departamento de Difusión Cultural de la Universidad de Cuenca, 1977.

_____. *Ecuador: cultura y generación*. Quito: Planeta del Ecuador, 1985.

_____. *El fuego y la sombra*. Quito: Planeta del Ecuador, 2001.

_____. *La celada*. Quito: Libresa, 2002.

_____. *La memoria y los adioses*. Quito: Grupo editorial Norma, 2006.

_____. *Juegos de Proteo*. Quito: Fundaval, 2008.

_____. *Mientras llega el día*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2009 (1989).